

## CUATRO NOTABLES TEMPLOS ARAGONESES: LUNA, CALMARZA, AYERBE Y SARIÑENA

INOCENCIO CADIÑANOS BARDECI\*

### Resumen

*En este escrito se estudian cuatro notables parroquias rurales: Luna, Calmarza, Ayerbe y Sariñena. Todas proyectadas y construidas a fines del siglo XVIII. Ello se debió a un progresivo traslado de las poblaciones medievales al llano y al desarrollo demográfico y económico que exigió templos más cercanos y amplios. La parte negativa se encontró en el abandono, o demolición de las bellas iglesias románicas, erigidas en lo alto, de aquellas antiguas y estratégicas poblaciones. El arquitecto que dirigió, o ideó estas obras es Agustín Sanz, director de la academia zaragozana de San Luis, e introductor del neoclasicismo en la región.*

*This paper studies four interesting village parochial churches: Luna, Calmarza, Ayerbe and Sariñena. All of them were projected and erected at the end of the eighteenth century. This was a consequence of the social movement of medieval people to the plains and the demographic and economical devolepment that brought the need for nearer and bigger churches. The negative side was that the old and beautiful romanic churches built at the highest part of those villages were abandoned or demolished. The architect of these buildings was Agustín Sanz, director of the Academia de San Luis of Zaragoza, who introduced the Neoclasical style in the area.*

\* \* \* \* \*

Las parroquias que aquí estudiamos corresponden a dos destacadas poblaciones zaragozanas, así como a otras dos oscenses aún más importantes y de gran solera histórica. Los cuatro edificios serían proyectados y levantados a fines del siglo XVIII.

A comienzos de siglo, Felipe V suprimía el Consejo de Aragón y lo incorporaba al de Castilla. De éste dependerá, también en adelante el Real Patronato al que pertenecía la parroquia de Luna. Con la fundación de la Real Academia de San Fernando y de San Luis de Zaragoza, el control oficial de los proyectos artísticos y su ejecución, es absoluto. Esto explica el que la documentación que hemos manejado se encuentre en el A.H.N. y en la Academia de San Fernando. En el primero como consecuencia de los pleitos incoados por la negativa de los dezmeros a contribuir a

---

\* Doctor e investigador de Historia del Arte.

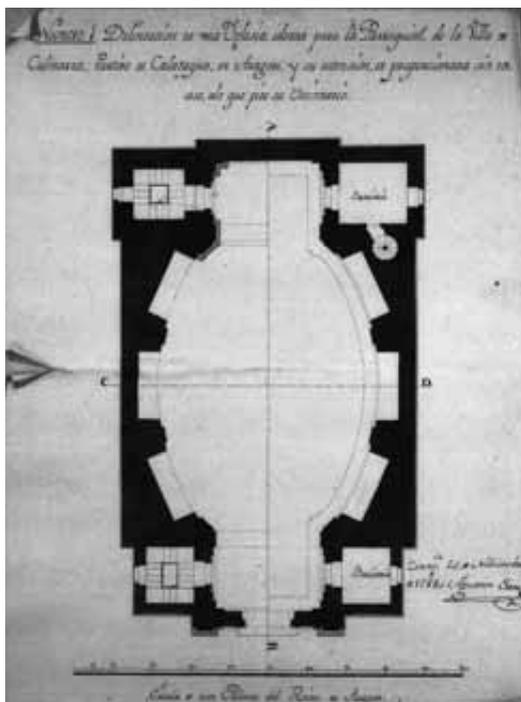
tales obras y, en el segundo, por los proyectos e informes enviados a su aprobación.

Como tantos otros lugares peninsulares, la función estratégica de los pueblos aragoneses, explica el que sus parroquias románicas se encontraran lejos, en lo alto junto al castillo, por ejemplo Ayerbe y Luna. Trasladada la población al llano, se ve obligada a levantar una nueva iglesia en su centro, más cómoda y amplia. La crisis del siglo XVII, prolongada hasta mediados del siglo XVIII, no posibilitó tal cambio. Pero llegados los años aquí estudiados, la población aumenta grandemente y los medio económicos permiten llevarlo a cabo. Estas motivaciones serían repetidamente expuestas ante el Consejo para justificar sus proyectos: los fieles ya no cabían en aquel reducido templo medieval y tanto los diezmos como las primicias eran suficientes para costearlos.

Los gustos y formas implantados por Ventura Rodríguez fueron propagados en Aragón por Agustín Sanz «el arquitecto moderno más acreditado en Aragón», según Llaguno Arquitecto por la Academia de San Fernando y director de la de San Luis, ejerció personalmente, o a través de sus discípulos, una absoluta influencia y control de las más importantes construcciones de la segunda mitad del siglo XVIII. Buen ejemplo, los aquí estudiados. Proyecta o informa sobre todos ellos y son llevados a cabo por maestros de obras o discípulos de gran prestigio como Pedro de Ceballos, Manuel Inchauste, Francisco Rodrigo, Cristóbal Estorguía. José Yarza, Vicente Gracián y Francisco Rocha. A la muerte de Ventura Rodríguez, la suerte de Agustín Sanz cambia. Ya no se le escuchará en la comisión de arquitectura de San Fernando y sus proyectos, como el de Sariñena, sufrirán la humillación de ser varias veces corregidos. Y ello, paradójicamente, cuando se encontraba en la plenitud de su creación y experiencia.

Es curioso constatar cómo tanto el maestro como sus discípulos, aún manifiestan reminiscencias barrocas en épocas tardías. La planta ovalada de Sanz para Calmarza y el retablo mayor de Francisco Rodrigo para la iglesia de Luna, podrían servir de ejemplo. Llama la atención el que varios de estos retablos fueran tallados en madera, cuando las órdenes reales lo tenían prohibido desde varios años antes.

El hecho de que las parroquias de Calmarza y Luna fueran llevadas a cabo y, en cambio, no se hiciera con Ayerbe y Sariñena, se debió a varias causas. Las primeras fueron iniciadas y concluidas antes de la Guerra de Independencia. Aunque no les faltaron problemas por la negativa de los dezmeros a contribuir, las guerras con los revolucionarios franceses así como los difíciles años iniciales del siglo XIX, de profunda crisis económica. Los templos oscenses de grandes pretensiones, costosos y lentos, se



Calmarza: Delineación de la iglesia (Agustín Sanz).



Calmarza: Corte (Agustín Sanz).



Calmarza: Fachada principal (Agustín Sanz).



Calmarza: Altar principal de estuco (Agustín Sanz).

verían paralizados hasta la expulsión francesa. Fueron reiniciados con muchas dificultades, vueltos a paralizar durante el Trienio Liberal en que los diezmos se reducen a su mitad, y abandonados cuando, en 1836, son suprimidas las contribuciones eclesiásticas.

El resultado no puede considerarse, ciertamente, muy satisfactorio. Frente a los conseguidos edificios de Calmarza, Luna y Sierra de Luna, contrasta el abandono de la antigua parroquia románica de Luna, la destrucción de su contemporánea de Ayerbe y el desamparo de un edificio tan costoso y laborioso, ya levantado en buena parte, como la colegiata de Sariñena. Hay que reconocer que los tiempos eran difíciles<sup>1</sup>.

### **CALMARZA: Parroquia de San Blas**

Debido a las tempestades habidas en 1784, la parroquia de este pueblo quedó totalmente arruinada. Poco antes había sido completada con un retablo mayor. Las bóvedas se hundieron por completo y parte de los muros se vinieron al suelo. En adelante, la misa se celebró en una ermita.

Al año siguiente el maestro de obras, Lorenzo Lahoz, señalaba 13 condiciones para reconstruirla. Las intervenciones se centraban, especialmente, en el crucero, media naranja, bóvedas y sacristía. Después sería blanqueada. Todo ello costaría 1.656 libras. Pero, por entonces, no se hizo nada pues los vecinos no disponían de tal suma, y los dezmeros se negaron a pagar. Tampoco los propios del lugar daban para ello. El obispo ofreció cierta ayuda y los vecinos se comprometieron a aportar los materiales.

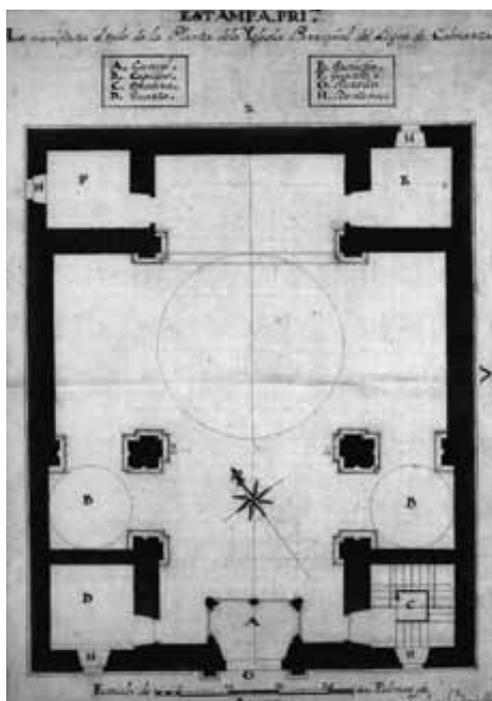
Como seguía sin hacerse nada, dos años después, en 1787, el mismo maestro de obras ideaba un proyecto aún más sencillo y barato. El cantero Matías Navarro corrigió y aumentó alguno de los puntos. Entre ellos suprimió la media naranja por ser costosa y, también, por tratarse de un lugar de fuertes vientos que la hacían débil y peligrosa. Ahora costaría todo 1.525 libras. Los vecinos pidieron que se obligase a pagar a los dezmeros.

Pasó a la Academia de San Fernando que rechazó ambas ideas pues carecían de buena forma, adornos y debía ser más sencilla. Que lo proyectase Agustín Sanz «profesor de entera confianza».

En 1788, y teniendo presentes los anteriores proyectos, dicho archi-

---

<sup>1</sup> GARCÍA GUATAS, M., «Contribución a la obra del arquitecto Agustín Sanz (1724-1801)». *Seminario de Arte Aragonés*. Zaragoza (1979), 59-66. LABORDA YNEVA, J., *Maestros de obras y arquitectos del período ilustrado en Zaragoza. Crónica de una ilusión*. Zaragoza, 1989. SAMBRICIO, C., *La arquitectura española de la Ilustración*. Madrid, 1986.



Calmarza: Planta de la iglesia  
(Judas Bonilla).



Calmarza: Perfil (Judas Bonilla).

*Calmarza: Fachada principal  
(Judas Bonilla).*



*Calmarza: Retablo (Judas Bonilla).*

tecto redactaba un detallado informe asegurando que los restos del antiguo templo no tenían aprovechamiento alguno por su falsa construcción. Trazó los cuatro dibujos que damos a conocer. La planta, dentro de un paralelogramo es internamente ovalada, con media docena de capillas incrustadas en los muros. Recuerda a las formas barrocas de los primeros momentos de Ventura Rodríguez como, por ejemplo, a la iglesia de San Marcos de Madrid. El resto del templo y retablo, presentan líneas claramente neoclásicas. Era un edificio para 300 almas y 150 niños. Su costo, 6.233 libras.

Examinados por la comisión académica, hizo varias aclaraciones como que la fachada fuera más sencilla, que los huecos de las campanas remataran en arco y que las capillas laterales, en vez de rectas, llevaran testeros elípticos. Y añadieron que este proyecto tenía muchas ventajas sobre los anteriores. Podría encomendarse su ejecución al propio autor.

El Fiscal opina que se trataba de un edificio excesivamente lujoso y caro para un lugar tan pequeño. El Consejo Real ordenó que los vecinos cumplieran con su promesa de aportar los materiales y que fueran suprimidos todos los adornos del proyecto de Sanz. En 1790 éste contestaba molesto: «No encuentro de mi parte cosa que no sea precisa, así de adornos como en la extensión y cuerpos de paredes».

Siguió considerándose una obra imposible de llevar a cabo por su costo. Los dezmeros accedieron a ayudar con la tercera parte de lo percibido, aunque reduciéndose los trabajos a la reconstrucción y ampliación del templo a partir de lo existente.

En 1790 se encargaba otro proyecto al maestro de obras Judas Bonilla. Parece que su planta corresponde a las bases del antiguo templo, formado por un cuadrado ligeramente alargado. El resto era todo nuevo, incluido el sencillo retablo mayor. Ahora costaría 4.069 libras. El obispo acusó al pueblo de pretender construir una iglesia magnífica. No se hizo nada.

En 1794 el Consejo, a pesar de los malos años, ordenaba reconstruir la parroquia con arreglo al antiguo plan de Lahoz y Navarro<sup>2</sup>.

El edificio actual, muy sencillo, presenta un presbiterio avanzado y una linterna poligonal al exterior.

---

<sup>2</sup> A.H.N.: Cons. leg. 37.359.  
Arch. R. Acad. de S. Fernando 2-33/1.

## **LUNA: Parroquia de Santiago y San Miguel**

Luna ha tenido varios templos. Instalada la primitiva población en torno al castillo, dispuso allí de la parroquia de Santiago. Algo más lejos se encuentra la también románica iglesia de San Gil de Mediavilla correspondiente, quizá, a un barrio, a juzgar por su nombre. Ya desde antiguo otra parte de la población ocupó el sitio en el que hoy se encuentra. Para atender a éste fue construida la iglesia de San Miguel emplazada en el mismo espacio de la actual parroquia. La documentación que hemos manejado así lo confirma.

Esta división en barrios explica el que poco después de reconquistada Luna por Sancho Ramírez, fuera entregada al monasterio de San Juan de la Peña. Los monjes levantaron la primera parroquia de Santiago y Santa Anastasia por orden real en el año 1098 (Abbad la fecha en 1092). Más tarde fue necesario ampliarla tanto en altura como en anchura a lo que podría hacer referencia la noticia de que fue consagrada en 1178. Después hubo que construir la de San Miguel, todo lo cual resultó muy enojoso para el monasterio. Por ello cedieron las primicias a favor del pueblo por 100 años a condición de ejecutar las obras y dotarlas. Esto último tuvo lugar en 1230, muy posiblemente en referencia a la construcción de San Miguel, iglesia románica tardía como muestra el Crismen que hoy luce sobre la portada de la parroquia de Santiago y San Miguel. En el año 1398 era renovada la cesión de las primicias por otros 100 años y, en 1474, eran perpetuamente unidas a los propios del pueblo a condición de destinarlas a los mencionados fines y, en caso de quedar sobrantes, poder costear alguna obra pública.

En un principio se dudó entre reparar la antigua parroquia de Santiago o reedificarla abajo, en donde se encontraba la de San Miguel.

En 1722 se decía que Santiago estaba en ruinas, con un lienzo de su torre desmantelado. Se trasladó el culto a San Miguel. También ésta se encontraba en malas condiciones, además de ser estrecha y corta para el vecindario. En su visita de 1728, el obispo aconsejaba levantar una nueva parroquia. Al año siguiente, el Ayuntamiento tomaba la decisión de que «se haga de nuevo un templo o iglesia parroquial bajo la invocación de señor Santiago y San Miguel en el sitio donde de presente se halla el antiguo templo del arcángel San Miguel». Aplicaba, para ello, sus propios, la sisa del aceite y cedía la torre denominada del Hospital.

El proyecto para el nuevo templo lo ideó el turolense fray José Alberto de Pina, prestigioso arquitecto carmelita, versado en la construcción de iglesias. Se ha dicho que los trabajos comenzaron en 1734 y que la parroquia fue consagrada en 1767, pero la documentación señala otras fechas.

El contrato fue firmado el 8 de julio de 1730, se comenzó a trabajar al año siguiente y en 1760 fue bendecido el nuevo templo. Posiblemente el maestro que dirigió las obras fue Joaquín Inchauste.

En 1737 consta que se seguía intentando proseguir con la construcción. El pueblo solicitó que pudieran aplicarse los ingresos de cierto arrendamiento de los montes «por la necesidad que en dicha villa hai de reedificar la iglesia de Santiago», lo que parece reflejar que se estaba en los comienzos. Dos años después se pedía el secuestro de las primicias. Hacía 8 años (luego en 1731) había sido iniciada la construcción, aunque suspendida por falta de medios ya que el Ayuntamiento no aportaba las primicias. Las autoridades alegaron que pertenecían a sus propios, no era de su obligación entregarlas y ya estaba haciéndolo con una parte. Efectivamente, fueron secuestradas.

Con todos estos ingresos avanzaron algo las obras, como se hacía constar en 1747, aunque iban demasiado lentas. El cura y obispo ayudaron con parte de los diezmos. En 1760 se hablaba de la urgente necesidad de rematar los detalles más necesarios, como así se hizo. Cuatro años después se cesaba por completo en ellas al arruinarse la parroquia de Valpalmas y tener que desviarse el dinero recaudado para acondicionar esta última. Durante muchos años no se hizo nada en Luna.

En 1782 las autoridades municipales se dirigían al Consejo denunciando la mala administración de los caudales, así como la necesidad de ornamentos y alhajas. Se tomó en serio la finalización del templo, hubo proyectos, se idearon retablos, pleitos por las primicias... pero todo quedó en nada.

Efectivamente, en dicho año se hacía notar que faltaba mucho por hacer: media naranja, capiteles, pilastras, sillería, coro, torre y varios retablos. Era preciso hacer trabajos y dotar a las parroquias filiales de Sierra de Luna y Valpalmas. El nuevo proyecto se debió a Francisco Rodrigo, tasado en 6.174 libras. Agustín Sanz lo dio por bueno. Simultáneamente los maestros de obras Ignacio Alegre y Lorenzo Miranda proyectaban y ejecutaban el coro y sillería de la iglesia de Luna por 775 libras.

En 1783 la Junta de obras aseguraba que era urgente concluir la parroquia en la que restaba mucho por hacer. El pueblo estaba cansado de una obra tan lenta. Faltaban la torre, los capiteles de las columnas, la media naranja permanecía «cegada» o inconclusa y sin sala capitular. Únicamente había sido tallado recientemente el retablo mayor.

El Fiscal aconsejó que se exigiese un detallado informe sobre el estado de las obras. Lo reconoció el cantero Joaquín Inchauste quien confirmó todo lo anterior y presentó el plan trazado por fray José Alberto Pina «por el qual y con arreglo a él se va executando todo lo que hasta

el presente se halla rematado». Formó un dibujo para ejecutar los dos cuerpos que faltaban del campanario y su chapitel «más acomodados al gusto del día» por 62.117 rs. El texto parece manifestar que iba sobre aquella torre del Hospital donada por el Ayuntamiento y también era una velada crítica a los gustos y excesos barrocos de Pina. El resto de las obras las evaluó en 123.844 rs. Siguiendo fielmente el plan del carmelita, llevó a cabo alguna obra.

Simultáneamente Lorenzo Miranda e Ignacio Alegre levantaban el frontispicio de la iglesia. También informaron sobre el estado del templo «de una magestuosa magnitud, con tres espaciosas naves, cuatro capillas lineales en cada azera y sus dos colaterales dándoles el altar mayor, por lo grandioso y acertado, su admirable espíritu. Es de orden compuesto». Los 10 retablos que se pensaban tallar costarían 16.263 reales, las 4 estatuas del crucero 7.529 y los 54 capiteles otros 16.263 rs. Con otro; detalles, el conjunto de la inversión necesitaba 27.273 rs.

A falta de recursos, siguió paralizada la obra. Las primicias producían anualmente solo 600 a 700 libras con las que se mantenía a 6 parroquias. El Consejo ordenó pagar a dezmeros y primicias.

En 1786 se moderaban algo las pretensiones. Que las obras se hicieran por «orden progresivo», es decir, según su necesidad puesto que los medios eran cortos. Y algo debió de hacerse en este y siguiente años puesto que Francisco Rodrigo se quejó de que no se estaba trabajando conforme a sus planos. No se estaba respetando la longitud del edificio ni la forma de las bóvedas que impedían tender la media naranja, lo que obligó a modificar algunos detalles. Al año siguiente el arriba mencionado Joaquín Inchauste daba normas de cómo tallar la pila bautismal a base de piedra de la Puebla de Albertón.

En 1788 volvían los deseos de concluir la parroquia. Francisco Rodrigo presentó nuevos planos, alterando en gran manera los de Pina, sobre todo en cuanto a la media naranja, capiteles, pilas tras, sala capítular y torre de campanas. Esta resultaba de excesivo coste y desarreglada a las órdenes reales y la ideaba nueva con el fin de «cortar los estragos experimentados con los de elevada altura». Costaría 2.611 libras. La media naranja, a base de ladrillo, exigía alguna demolición. Señaló 6 condiciones y la presupuestó en 2.691 libras.

Al mismo tiempo, también fijó las condiciones para formar 8 retablos colaterales en Luna y los mayores de Sierra y Valpalmas. Serían de madera, «trabajados con primor». Las esculturas y molduras imitarían mármoles y jaspes. Los de Luna iban consagrados a San Pedro Mártir, Purísima Concepción, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier y San Antonio, alguno de los cuales conserva, hoy día, el mismo título. Mostró

el proyecto al ensamblador Cristóbal Eraso, al escultor José Sanz y al dorador Jerónimo Cidraque, quienes evaluaron su ejecución en 980 duros los dos colaterales y 6 de las capillas de Luna, en 885 el de Valpalmas y en 705 el de Sierra. Como consta que fueron tallados en Zaragoza, es posible que fueran encargados a los mencionados artistas. Abbad Ríos fecha alguno un siglo antes de lo dicho.

Agustín Sanz hizo alguna corrección a las primeras de estas obras. Los dezmeros, por su parte, se quejaron de que los ornamentos pedidos eran más que los de una catedral, la torre resultaba ostentosa «por querer sobresalir de los pueblos circunvecinos» y los retablos muy costosos.

En 1792 el Consejo Real ordenaba llevar a cabo las anteriores obras a costa de diezmos y primicias. Se dio un plazo de 9 años para finalizar lo. Con todo, no se comenzarían hasta 1797.

En el año 1800 aparece dirigiendo las obras propuestas el maestro zaragozano Emeterio de Llera. De nuevo se suscitó un grave problema de presupuestos. Francisco Rodrigo advirtió que los costos que había señalado en 1788 habían crecido notablemente «por haversen aumentado en sumo grado desde dicho año hasta el presente toda especie de materiales y laborantes». Ahora costarían 8.988 libras más.

Los muchos años transcurridos entre 1731 en que comienzan las obras y los primeros del siglo XIX en que se concluye, daría lugar a un edificio híbrido, iniciado con formas barrocas y rematado al gusto neoclásico. Se trata de un templo de grandes proporciones de 40 ms. de largo por 25 de ancho. Se compone de tres naves sobre altas pilastras. Tanto la fachada como interiormente, destaca cantería bien labrada. El ábside es poligonal y las bóvedas variadas: de medio cañón, de arista y nervadas. Como dice el texto, el retablo mayor de Santiago matamoros fue tallado hacia 1782. También varios objetos de orfebrería como ornamentos, pertenecen a estos años. La torre, posiblemente la aprovechada del Hospital, se levanta a los pies. Las muchas críticas la reducirían a un solo cuerpo rematado en chapitel.

Como hemos visto en diversas ocasiones, simultáneamente a la obra de Luna se llevaron a cabo otras en Sierra de Luna y Valpalmas.

En 1782 se hacía notar la necesidad de reparos y dotación en la primera de estas parroquias. El plan de ensanche se debía al cantero Pedro Duarte, aunque el definitivo lo haría Francisco Rodrigo por un monto de 4.216 libras. Agustín Sanz hizo algunas precisiones. Hasta 1799 no se iniciaron. Rodrigo puso por aparejador a José Paúl. Hubo quejas de corrupciones y mala administración por lo que, en 1802, era adjudicada a subasta y poco después, acabada. En 1788, como hemos visto, dicho Francisco Rodrigo ideaba el retablo mayor.

La iglesia de San Hipólito de Valpalmas se arruinaba en 1764 siendo reconstruida inmediatamente. En 1788 era reparada y dotada de un nuevo retablo mayor. Baltasar Ponzano tasó su estofado en 6.588 rs.<sup>3</sup>

### **AYERBE: Iglesia de San Pedro**

Lo ocurrido con esta iglesia resulta lamentable. Tan excelente edificio fue motivo de disputas durante muchos años sobre si debía repararse, ampliarse o ser demolido y reconstruido casi por completo. Destruído por los franceses durante la guerra de Independencia, fue ideado de proporciones mucho más amplias. La falta de medios lo dejó todo olvidado. Hoy tan solo permanece su torre. Los aspectos positivos habría que buscarlos en los planos levantados en 1774 y 1804 que nos recuerdan la planta y detalles de aquel valioso templo románico.

En el último tercio del siglo XVIII, tanto el Ayuntamiento como el capítulo eclesiástico del pueblo solicitaban del Consejo Real que embargase los diezmos de la universidad literaria de Huesca, que se negaba a contribuir a los gastos de la parroquia de San Pedro. Construido «en tiempos de Constantino» para una corta feligresía, ahora eran 1.400 almas que no cabían, por lo que era preciso ampliarle. Resultaba incómodo, pequeño, húmedo y muy alejado. Las paredes maestras estaban agrietadas. Se dudaba entre construir un nuevo templo o reparar el románico. Ya en su visita de 1739, el obispo vio las ruinas y opinó que debía ampliarse. En el pasado lo había sido con algunas nuevas capillas, pero todo muy imperfecto.

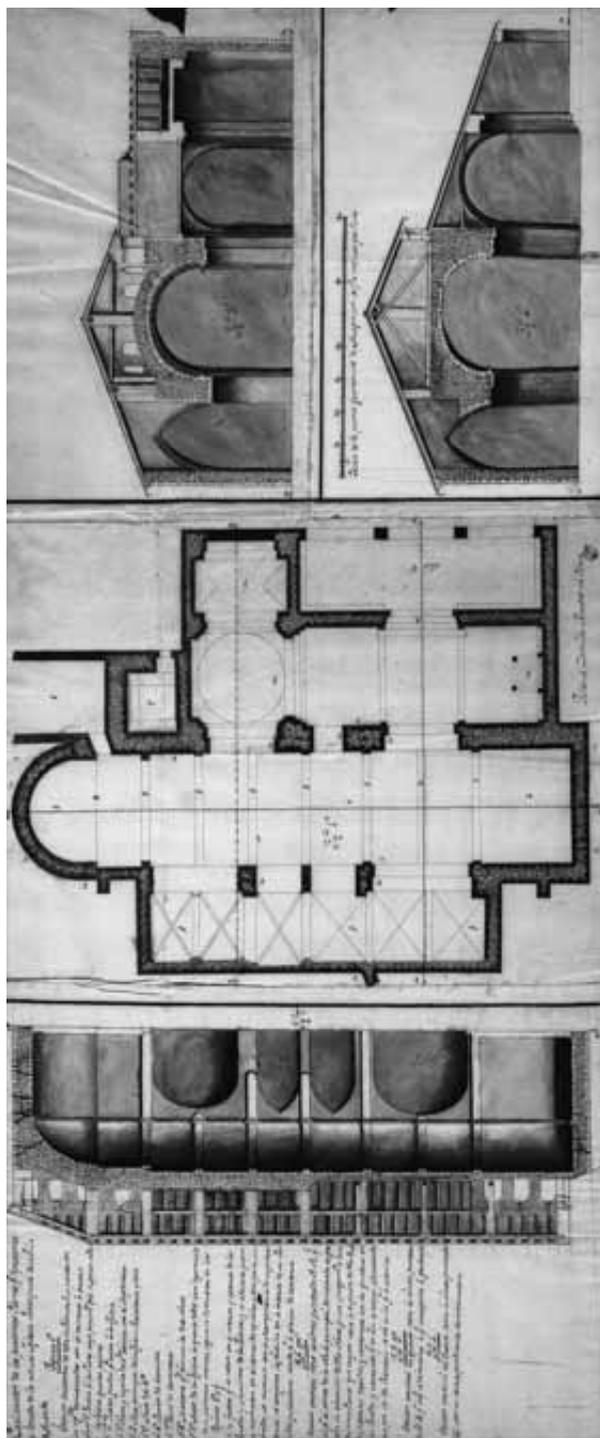
En 1772 los alarifes José Catalinete y Juan Domingo Aran reconocían el edificio. Confirmaron todo lo anterior: las bóvedas estaban a punto de desplomarse y todo muy «indecente». El reparo costaría 19.700 pesos duros. Entonces se pensó en construir una nueva parroquia en el centro del pueblo que se suponía costaría unos 394.000 rs. cantidad, como se ve, altísima. El marqués de Ayerbe ofreció las primicias, madera, piedra y los materiales de su antiguo y arruinado palacio. Pero, como siempre, los dezmeros se opusieron alegando que la iglesia románica, era un edificio sólido, necesitado únicamente de algunos reparos.

En 1774 se pedían nuevos informes a Pedro de Ceballos y Cristóbal Estorguía. Ceballos redactó una interesante descripción de la parroquia.

---

<sup>3</sup> A.H.N.: Cons. leg. 22.842.

ABBAD RÍOS, F., *Catálogo monumental de España. ZARAGOZA. T. I.* Madrid, MCMLVII, 576-579.  
ABBAD RÍOS, F., *El románico en Cinco Villas.* Zaragoza, 1954, 25 y 63.



Ayerbe: Estado actual de la iglesia parroquial (Pedro de Ceballos).

La nave mayor tenía 100 palmos de larga por 36 de ancha. Cabían, pues, unas 400 personas. En las naves laterales de Santa Leticia y Ecce Homo cabían otras 600 almas. Pero tanto los muros como la torre, se hallaban desplomadas, las bóvedas agrietadas y peligrosas y las ventanas de ladrillo en malas condiciones. La piedra del castillo resultaba muy buena para un posible reparo. A este escrito acompañaba una hoja con cuatro dibujos de planta y cortes. En ellos podemos ver la cabecera semicircular con la torre a su lado, tres naves de las que la del Evangelio era de época gótica, algo más alta y estrecha que las románicas. Al sur un pórtico. Todo ello de notables irregularidad.

Tanto Ceballos como Estorguía opinaron que era mejor levantar un nuevo edificio en el mismo lugar. Se trataba de un templo que aprovecharía el antiguo presbiterio y que regulaba y «alargaba bastante las naves por la parte de los pies. Casi en su centro, llevaba un breve crucero, con esbelta y lujosa cúpula. Todo ello costaría 23.000 libras.

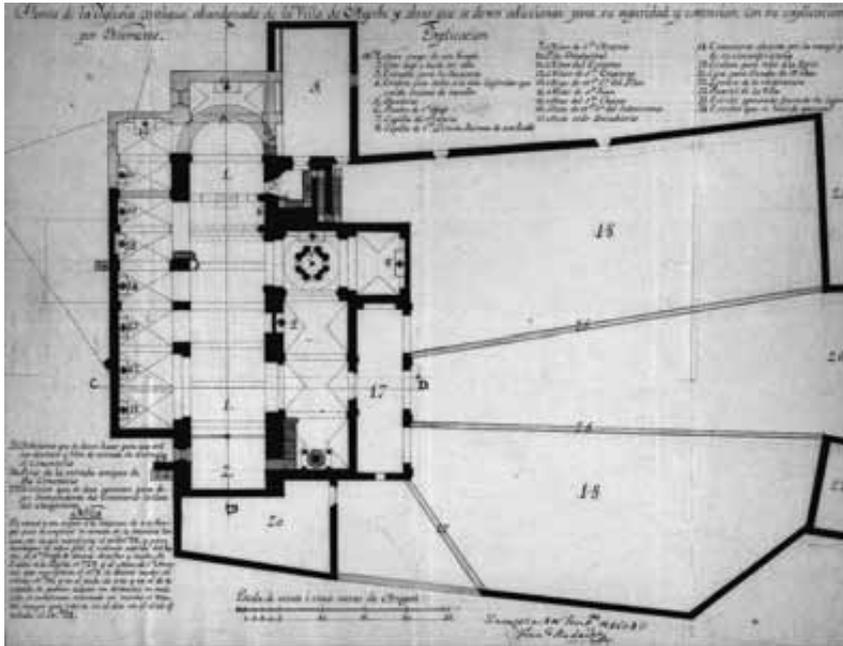
Por parte de los dezmeros informó el maestro José Antonio Porellón. Expuso que se trataba de una iglesia de nave central muy antigua y dos laterales modernas así como una crecida capilla en su centro. Tenía capacidad para 1.163 personas. No apreciaba graves ruinas, aunque sí numerosas grietas. Podría recuperarse y ser suficiente con cierto acondicionamiento.

Ante tales discrepancias, se nombró como tercero a Diego Eelloch, que entonces estaba construyendo la iglesia de Casbas. Dijo que, efectivamente, se notaban numerosas grietas y ruinas. Cabían 1.159 personas. Era ocioso construir un nuevo edificio, pues podría repararse por 3.000 escudos. La piedra del castillo no valía por su mala calidad. A Belloch y su informe se les tachó de «pobre hombre, poco inteligente en su facultad».

El proyecto quedó olvidado y, en 1797, también la parroquia por peligrosa e indecente.

En 1802 se encargaba a Francisco Rocha que formara planos para una nueva iglesia pero no lo hizo por su trabajo en el canal de Tamarite. Dos años después pasaba el encargo a Francisco Rodrigo. Así lo hizo y tasó el edificio en 561.933 reales. De repararse el viejo, su costo sería de 121.156 rs. En 1807 la Universidad de Huesca seguía insistiendo en la conveniencia de reparar San Pedro y San Pablo, según los dibujos de Ceballos y Rodrigo. Los de este último repetían los del primero, aunque demarcando el terreno circundante, sin duda el nuevo cementerio.

Al verla tan desaparecida como consecuencia de la guerra, el obispo se dirigió al Consejo en 1816. Los franceses la había demolido con el fin de emplear sus materiales en consolidar el foso que rodeaba el palacio



Ayerbe: Planta de la iglesia antigua (Francisco Rodrigo-1804).



Ayerbe: Perfiles de la iglesia actual (Francisco Rodrigo-1804).

del marqués de Ayerbe donde se habían atrincherado. Los vecinos, por su par te, recordaron que llevaban 21 años sin parroquia, diciéndose la misa en un almacén.

El marqués de Ayerbe afirmó que las primicias no estaban obligadas a mantener o ayudar a la nueva parroquia. En 1286, por cierta concordia entre el señor de la villa y sus vasallos, éstos le traspasaron dichas primicias a cambio de no pagar más impuestos, lo que sería renovado en 1585 y 1727. Sin embargo, prometió ayuda. La Universidad, por su parte, ofreció 120.000 rs. En 1817 se ordenaba entregar la cuarta parte de los diezmos con el fin de construir el templo. Se puso como condición que fuera ejecutado según el plan presentado por el arquitecto Tiburcio del Caso. Pero como no se cumplió con lo prometido, el pueblo pidió que se embargasen los diezmos.

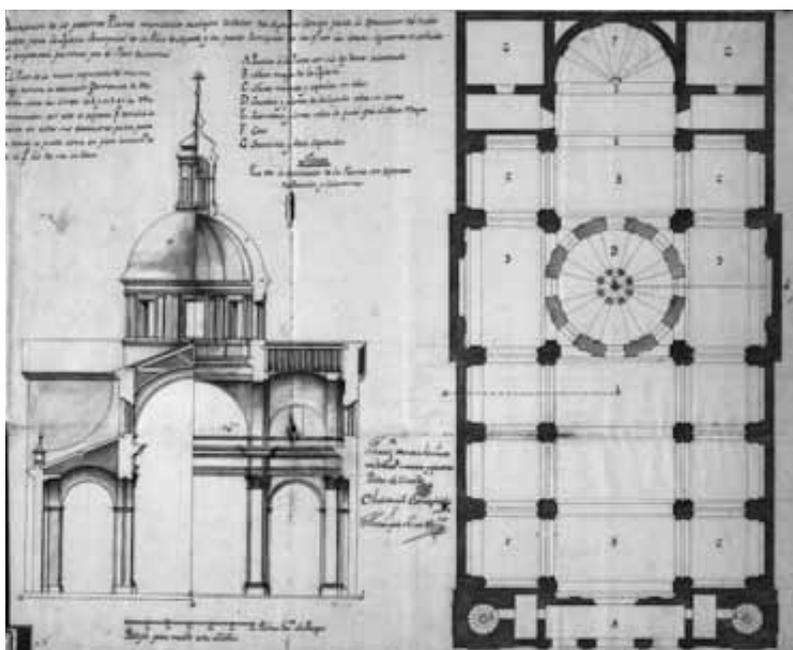
Al extraviarse los planos de Rodrigo, formó otros José de Yarza. Los dibujos siguen muy de cerca el plan de Pedro de Ceballos y Cristóbal de Estorguía, aunque con un presbiterio cuadrado, al haber desaparecido el románico. La cúpula era mucho más sencilla limitada, prácticamente, a una simple linterna. Su costo, 461.839 rs. Tiburcio del Caso presentó otra idea por un monto de 428.681 rs. Era el más barato y el único aprobado por la R. Academia de San Fernando, quien le había obligado a modificar la bóveda del crucero para que fuera semicircular. Era un templo para 1.30 almas.

En 1820 el Consejo ordenaba comenzar inmediatamente los trabajos por este último proyecto. No se hizo. Dos años después se repetía la orden: «precédase inmediatamente a la construcción de la iglesia». La Universidad se negó a entregar los diezmos alegando que se trataba de una obra excesivamente lujosa. En 1828 y 30 se repetían las órdenes y las mismas disculpas agravadas, ahora, por la reducción de los diezmos a su mitad.

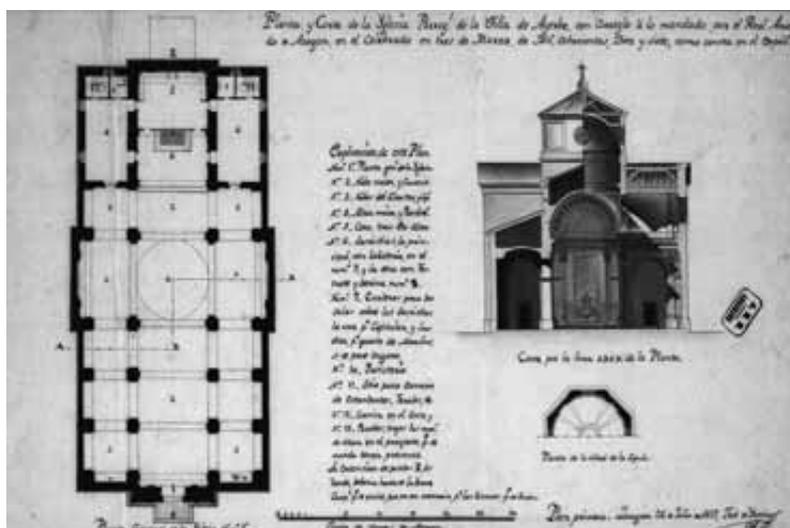
En 1831 seguían las disputas y se pidió el embargo de los diezmos y que la parroquia fuera reconstruida sobre los cimientos de la antigua. Al año siguiente el maestro de obras, Antonio Vicente, ideaba un templo mucho más sencillo, formando planos. El vecindario se negó a aportar los materiales hasta tanto que no pagaran los diezmos.

Al año siguiente se daban por inútiles tanto el campanario existente (actual torre) como los cimientos. Convenía reconstruir el antiguo presbiterio, prolongar la nave por la pared, de la sacristía y alargar todo por los pies. Para ello se recuperaría la piedra desmontada por los franceses. Podría acabarse en cuatro años.

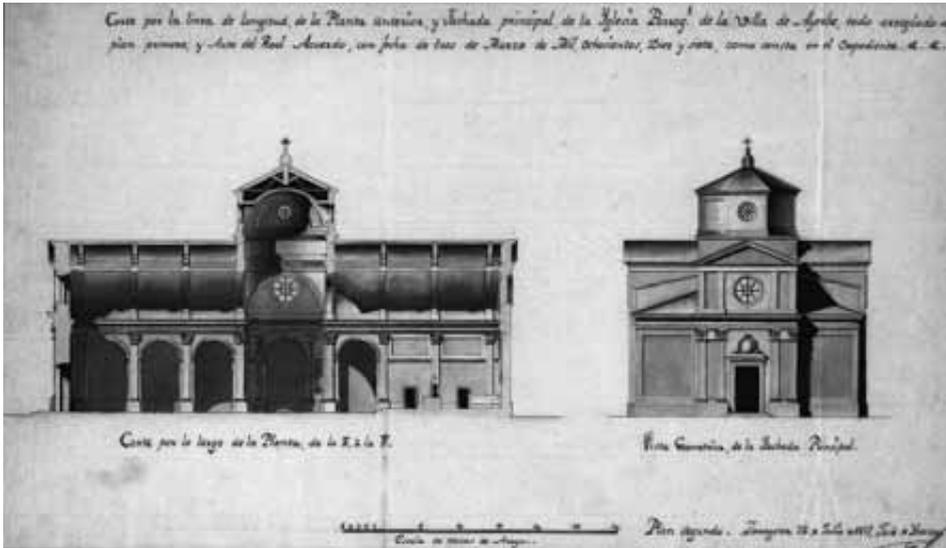
Un tiempo después, Mendizábal suprimía toda contribución eclesiástica y con ello era abandonada definitivamente la idea de levantar un



Ayerbe: Planta de la nueva iglesia (Pedro de Ceballos y Cristóbal Estorguía-1774).



Ayerbe: Planta y corte para la nueva iglesia (José de Yarza-1817).



*Ayerbe: Planta y fachada principal para la nueva iglesia (José de Yarza-1817).*

nuevo templo. La parroquia de San Pedro se instalaría en la del convento de dominicos en el año 1855. Era lo único que se había salvado del incendio ocurrido durante la guerra de Independencia.

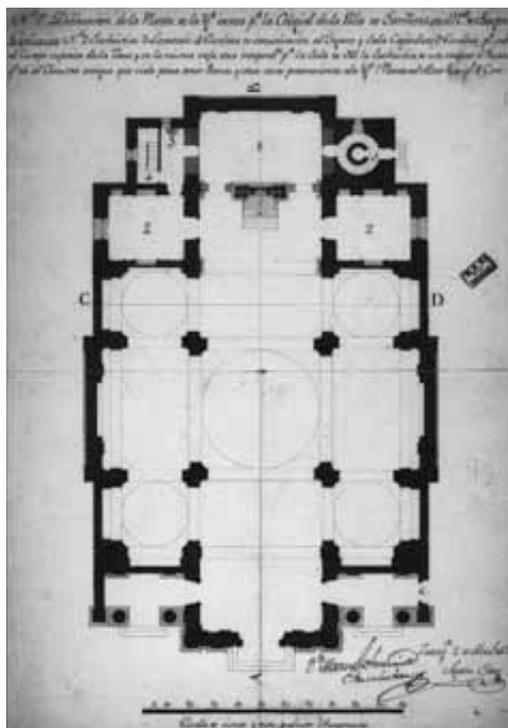
De la antigua parroquia solo nos queda su fuerte torre románica. De planta cuadrada, posee dos arcadas en su parte superior con bóvedas en el interior, todo construido en buen sillarejo<sup>4</sup>.

### **SARIÑENA: La colegiata**

Pueblo oscense antiquísimo, con parecidos privilegios a los gozados por Zaragoza. Su colegiata acogió a una veintena de clérigos. Para construirla se aprovechó, en lo antiguo, una mezquita y los materiales de una atalaya mora.

A fines del siglo XVIII tanto las autoridades locales como los clérigos solicitaban licencia para levantar una nueva colegiata en la que cupieran los numerosos vecinos del pueblo. Se hallaba en mal estado, estrecha, poco ventilada, en sitio hondo y con fea figura. Estaba integrada por dos naves «de aspecto ridículo». La torre se hallaba en ruinas, los retablos podridos y las bóvedas agrietadas. No era posible ensancharla por lo

<sup>4</sup> A.H.N.: Cons. leg. 23.628.  
Arch. R. Acad. de S. Fernando 2-33/4.



Sarriena: Delineación de la planta de la iglesia (Agustín Sanz).



Sarriena: Corte de la iglesia (Agustín Sanz).

que debía ser reconstruida de nuevo. Para esto había que aplicar diezmos, primicias y ciertos propios del pueblo. Los vecinos prometieron aportar los materiales y trabajar los días festivos.

En 1789 el arquitecto Agustín Sanz informaba sobre cierto proyecto de Manuel Inchauste para reparar la torre. Debió de ser negativo. Tres años después, Sanz trazaba los planos que aquí damos a conocer. Como puede verse se trataba de un ancho templo de tres naves notablemente simétrico tanto en sentido longitudinal como transversal. Llevaba un breve crucero en el centro rematado en cúpula con linterna. La torre, adosada al presbiterio. También ideó el retablo mayor, de claras líneas y gustos neoclásicos. Puso 16 condiciones para su construcción: sería demolido el viejo edificio, las bóvedas irían a base de ladrillo, el retablo de piedra y estuco y se aprovecharía parte del antiguo claustro. Todo ello costaría 50.044 libras. Por su trabajo pidió 5.000 rs.

La Academia de San Fernando lo aprobó con algunos cambios en los arcos de las capillas que debían llevar algún mejor gusto y proporción y advirtió que el retablo no era de la mejor forma. Al año siguiente Sanz remitía los planos reformados y un nuevo dibujo del mencionado retablo. Los académicos siguieron señalándole deficiencias en los arcos torales, coro y presbiterio. Los gustos y orientaciones de los nuevos miembros de la comisión académica de la arquitectura ya no eran los de Ventura Rodríguez y Agustín Sanz contaba poco entre ellos. Su prestigio e influencia estaban declinando.

En 1795 el Consejo ordenaba comenzar las obras bajo el anterior proyecto y por administración. El Fiscal, por su parte, apiñó que debían meditar bien los arbitrios propuestos «sin exceder los gastos de la regulación hecha por el mencionado arquitecto Agustín Sanz». Pronto hubo problemas por la aplicación de los propios del pueblo, el obispo ofreció 313 libras, los dezmeros la cuarta parte, el párroco 100 reales y el cabildo de la colegiata, que era el más interesado, casi nada. Poco después comenzaban los trabajos bajo la dirección de Vicente Gracián, «arquitecto de los más acreditados de Zaragoza».

A pesar de los malos años, al finalizar el siglo consta que estaba construyéndose la colegiata, todo en piedra. Hubo que ahondar los cimientos bastante más de lo previsto por Sanz. Pero el empleo de la sillería estaba resultando muy caro por lo que se consultó a Gracián si era posible sustituirla por ladrillo. Tanto éste aparejador como Sanz Cristóbal Inchauste y la Real Academia de San Fernando contestaron afirmativamente. Además, el cálculo del proyectista fue considerado erróneo, por demasiado bajo, y la piedra de las canteras cercanas de mala calidad. Sin embargo, la fachada, cornisas, media naranja y torre se proseguirían en piedra.



*Sariñena: Corte (Agustín Sanz).*



*Sariñena: Fachada principal de la iglesia (Agustín Sanz).*



*Sariñena: Altar principal*  
(Agustín Sanz).



*Sariñena: Dibujo del altar principal*  
(Agustín Sanz).

En 1801 Agustín Sanz denunciaba que se estaba trabajando falsamente pues no se seguían sus planos y a base de malos materiales: ladrillo a soga y tizón en el exterior y manipostería poco arreglada en el interior, todo ello con poca solidez. El Consejo ordenó suspender la obra y que Sanz fuese a Sariñena y reconociese e informase con detalle. Pero lo hizo Francisco Rocha por fallecimiento de Sanz. Señaló numerosos defectos, aunque no graves. En adelante se siguió la idea de Gracián y visto bueno de Rocha, alterando notablemente los planos originales, lo que lamentaría Llaguno.

A comienzos de 1808 volvían las quejas de mala construcción y malversación de caudales. Durante algún tiempo quedó suspendida la obra, el resto lo hizo la guerra.

Vicente Gracián murió en 1817, cuando había reanudado la construcción de la colegiata. Para sustituirle se nombró a Antonio Vicente. Al año siguiente éste informaba sobre la parte construida. Se trataba de una iglesia con nave central de 220 palmos de largo y 52 de ancho, con crucero y «capillas claustradas en los costados» que medían la mitad que dicha nave. La fachada era un cuerpo avanzado, del ancho de la nave, construida en piedra, con una altura de 49 palmos. También el claustro estaba finalizado. Los muros eran de ladrillo. Faltaban varios arcos de las capillas. Presentó planos a la Academia tanto de lo hecho como de lo que faltaba. Fueron aprobados con alguna enmienda. Era urgente concluir la obra. Los malos tiempos habían obligado a simplificar el proyecto.

En 1829 se decía estar ya muy adelantada y «parece ser suntuosa y de mui buen gusto». Mientras tanto hacía de parroquia la iglesia conventual de San Francisco. Las quejas venían de la falta de medios y ya estaría concluida la colegiata si las vicisitudes políticas no hubieran sobrevenido. Durante el Trienio Liberal las tropas robaron el dinero recaudado, lo que se unió a «la no buena moralidad que como una peste... ha contagiado los pueblos en hacerlos no pagar» diezmos y primicias. Su supresión por Mendizábal pocos años después, dejó abandonada para siempre la obra.

Lo malo es que tampoco fue respetada la parte antigua pues todo fue demolido por su ruina, peligro y aprovechamiento de los materiales. Es muy probable que aquel templo, «de tiempo de los moros», poseyera cierto mérito cuyo menosprecio y exageraciones por disponer de una nueva colegiata, le llevó a su desaparición<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> A.H.N.: Cons. leg. 22.820.

Arch. R. Acad. de S. Fernando 2-32/4 y 2-34/1.